

De la bebida cotidiana al episodio de alcoholización.  
Revista de Programa Cambio - Córdoba  
Septiembre 2007

Dr. Hugo A. Míguez  
Investigador de CONICET  
[www.geocities.com/hugomiguez](http://www.geocities.com/hugomiguez)

En la historia del Occidente el consumo de bebidas alcohólicas fue un acontecer cultural que acompañó reuniones, ceremonias y festividades. Un acompañamiento cambiante de acuerdo a los distintos grupos sociales que lo practicaron. Los pueblos anglosajones fueron identificados, por algunos estudios, con las bebidas fuertes o destilados a las que usaban de manera irregular para calmar tensiones personales "ahogando penas" o "celebrando los éxitos". El propósito fuertemente farmacológico de su beber, para "remediar algo", los habría diferenciado de grupos como los pueblos mediterráneos que hacían del vino un condimento placentero de la comida acotado por un ritual familiar que moderaba su uso. En la Argentina, la influencia de la inmigración italiana fue determinante en muchas zonas, de esta última forma de beber. El descontrol alcohólico, más allá de lo que podía expresar una patología individual, no era un fenómeno masivo.

Sin embargo, pasado el tiempo, la ingesta moderada y cotidiana retrocedió en nuestro país. La bebida episódica y excesiva se presentó en los grupos de los más jóvenes. La alcoholización actual se orientó a la búsqueda de los efectos farmacológicos para alterar el estado de ánimo o el comportamiento. Las reuniones juveniles de "pre-boliche" en las casas, para tomar antes de ir a bailar, ilustraron una de las formas para alcanzar estos efectos con una economía adolescente. Los sistemas de "delivery" de bebidas alcohólicas tomaron nota de estas orientaciones del consumo juvenil y comercializaron "combos" o promociones sobre cantidades claramente modelizadoras del "Binge drinking" o consumo masivo y episódico de alcohol.

Este nuevo escenario introdujo otros problemas con el alcohol. En la modalidad de la bebida cotidiana, los trastornos se expresaban en el organismo de un individuo como resultado de una larga historia de abuso. La gastritis, la cirrosis hepática o la polineuropatía eran el problema. Hoy, lo son las lesiones por violencias y los accidentes que les ocurren a personas mucho más jóvenes, como consecuencia del descontrol. Los problemas de alcohol han pasado del consultorio del médico familiar a las salas de emergencias hospitalarias.

Si bien el modelo mediterráneo de acompañamiento de la comida con el vino tenía asimismo su costado farmacológico, mencionado a veces como una forma de facilitación social, la ingestión episódica apuntó en cambio a la intoxicación aguda, a la ebriedad. "Salten todos, pintó el descontrol" vende una difundida canción popular.

La promoción comercial del exceso con la bebida en las poblaciones de jóvenes, arrastra hoy con precauciones fundamentales. Bajo los efectos de un litro de cerveza será muy difícil para una chica exigirle a un varón que se cuide (y la cuide) cuando la apremia. Con una cantidad algo mayor, el varón

habrá dejado en su bolsillo lo que los programas de prevención le enseñaron con esfuerzo.

Lo cierto es que las imágenes publicitadas de grupos que alcanzan el éxito con una bebida en la mano, concluyen horas después en una caravana de jóvenes expuestos, a la verdad de la luz de la mañana, en las veredas de las discotecas, en las plazas, en la calle. Enfrentados por el escándalo con los vecinos, y a veces, entre sí. Cuando no, maltratados seriamente por la guardia privada de los mismos lugares que los había convocado a beber y a descontrolarse. Los rituales sociofamiliares, que enmarcaban la relación cotidiana del vino con la comida, han casi desaparecido y, ahora, en la bebida concentrada del fin de semana, predominan relaciones mucho más ligadas con el aislamiento y con las experiencias de una soledad entre muchos. El encuentro, paradójicamente, confirma el desencuentro.

Estos cambios no se resuelven en forma simple. Las sociedades con bebida episódica desarrollaron históricamente medidas de control sobre la oferta para limitar sus perjuicios. Sin embargo, en nuestra sociedad, estos intentos son resistidos y llamados, curiosamente, "ley seca". Aún, cuando de lo que se trate, sea de impedir la venta de alcohol a los menores de edad o de evitar la intoxicación juvenil.

La cultura de la alcoholización ha cambiado, ahora es necesario cambiar también la respuesta de la prevención desde lo cultural y lo social.